

APUNTES SOBRE UN AÑO CRUCIAL: 2008 DESDE LA PERSPECTIVA DE LA ECONOMÍA ESPAÑOLA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. José Luis García Delgado*

Me propongo hacer algunas consideraciones sobre un tema —el despliegue de la crisis económica en España— que ya ha sido tratado en sesiones precedentes por varios académicos. Una doble razón me impulsa a hacerlo: primera, la remodelación gubernamental de abril de 2009, que por más de un motivo supone el demorado cierre del año que políticamente se abrió para nosotros con la convocatoria de las elecciones generales celebradas el 9 de marzo del pasado ejercicio, lo cual facilita de algún modo enjuiciar lo acontecido en dicho periodo de tiempo; y una segunda razón es —si se me permite el coloquialismo— la de no escurrir el bulto, aportando mi contribución a uno de los cometidos legitimadores de esta Real corporación: crear opinión cualificada sobre los principales problemas de la sociedad de nuestro tiempo.

A efectos sistemáticos, agruparé mi exposición en sucesivos epígrafes, con un orden que responde al curso cronológico de hechos que jalonan esos aproximadamente cinco trimestres que comienzan con una expectativa electoral y desembocan en un reajuste de gobierno, presentado para dar mayor “impulso” a la acción política frente a la crisis. He de advertir que la selección de los hechos que me servirán de eje expositivo es del todo discrecional por mi parte, suponiendo una toma de posición valorativa que no tiene por qué compartirse. Narrativamente —lo advierto también— opto por situarme en tiempo presente a lo aludido en cada uno de los apartados. Mi propósito, en todo caso, no es recontar pormenorizadamente, sino entresacar episodios o pasajes que faciliten tomar el pulso a la situación o, por decirlo con una expresión de reconocido abolengo, conocer mejor esta hora de España.

* Sesión del día 28 de abril de 2009.

NOSTALGIA DE PAÍS GRANDE

Como la mañana —que nos depara la ilusión de un principio, según el hermoso verso de Borges—, el despuntar de 2008, junto a indicadores expresivos de una fuerte desaceleración económica, aporta la noticia de lo que para muchos es un doble *sorpasso* de la economía española: se ha adelantado a Italia en renta por habitante, medida en paridad de poder de compra, y a Canadá, con la ayuda de la apreciación del euro sobre el dólar, en volumen de PIB. Una doble consecución, podría pensarse, en la línea de alcanzar a ser una gran economía. Pero las cosas no son tan simples.

El ejemplo italiano, desde luego, hay que esgrimirlo matizadamente (aunque no a base, como ha hecho Prodi, de poner en entredicho la significación de los datos de Eurostat, que son los que han revelado el adelantamiento español). Italia es un país que lleva años enteros de muy bajo crecimiento, que pierde peso en el plano internacional y con un divorcio que no deja de ahondarse entre sus gobernantes y la sociedad civil. Bien está haber recuperado en el curso de los últimos decenios lo que, con respecto al avance de la renta per cápita, perdimos en los primeros compases del siglo XX y, sobre todo, durante la posguerra, cuando Italia, a diferencia de España, consiguió recuperarse pronto y con fuerza. Pero ahora los motivos de emulación no pueden provenir del país trasalpino; antes bien, debería sernos aleccionadora su experiencia en ciertos aspectos... para no repetirla. Recordemos que en competitividad Italia está aún peor situada que España, y ya es decir; que el cuadro regulatorio de la economía italiana tiene un perfil defensivo más acentuado que el de la española, y que allí probablemente el entrecortado y poco edificante pulso de la vida política ha acabado por pasar factura al crecimiento económico. En definitiva, haber alcanzado a Italia, en estas circunstancias, no debería invitar a ninguna autocomplacencia.

Por su parte, la referencia de Canadá, cuando se trata de saber qué plaza se ocupa entre las economías del mundo, no debería pasar por alto otros aspectos de índole más cualitativa: baste aquí con recordar que Canadá nos saca dieciséis puestos en el *ranking* de competitividad global que elabora el World Economic Forum (y a Italia 23), y que en esa modesta posición nos codeamos con Tailandia, Estonia, Túnez y la República Checa.

Tenemos motivos, en consecuencia, para sentir nostalgia de país auténticamente grande más allá de lo que revelan los datos de la geografía, la población, la cultura o la historia. Máxime ante el continuo cuestionamiento entre nosotros mismos de lo que somos como nación y ante el afán diferenciador entre las partes que componen el todo, acentuando lo que puede ser peculiar de cada comunidad autónoma, en un movimiento de introversión que absorbe buena parte de las energías y atenciones de políticos, y también de algún intelectual. No es lo que

ocurre, ciertamente, en los mayores y más avanzados países europeos, ni en esos países nórdicos que exhiben admirables niveles de calidad educativa, condiciones materiales de vida y cohesión social.

Justificada nostalgia de país grande, pues, cuando también, con los primeros compases de 2008, se multiplican las señales de merma del crédito exterior de nuestra economía. Su fundamentación será en ocasiones tan precaria como la que ha dado cobertura a sonados artículos del *Financial Times* y del *Daily Telegraph* sobre la consistencia de los bancos españoles, pero su repetición en pocas semanas es elocuente. Ahí está la práctica “desaparición” de España del Foro Económico Mundial en Davos y su ausencia en el encuentro de los mayores países de la Unión Europea en Londres, a finales de enero; ahí está el notable incremento al comenzar el año del coste real del seguro contra impago de los bonos del Reino de España, relegando a los españoles a una segunda clase en la UE; ahí está, simultáneamente, el retroceso de España en el Índice de Confianza de Inversión Extranjera que elabora una conocida consultora, dejándonos fuera de la lista de los 25 países más atractivos a esos efectos. Tanta coincidencia no puede ser casual.

El caso es que nunca ha tenido nuestra economía más motivos que ahora para merecer buena reputación. La internacionalización empresarial española es sencillamente formidable, colocando a España entre los primeros países inversores netos en el exterior, con centenares de firmas que, semana tras semana, adquieren activos, ganan concursos y firman contratos para estar presentes en los cinco continentes, con un dinamismo que no cesa desde hace tres lustros. También desde hace quince años nuestro crecimiento ha sido superior al promedio de las economías desarrolladas, con buen aprovechamiento de los fondos recibidos de la UE, que ha permitido restar cerca de 20 puntos la distancia que en términos de renta por habitante nos separaba de la UE-15 en el momento de la adhesión. Nunca, tampoco, nuestras mejores entidades bancarias han ofrecido tan buenas cifras comparadas de solvencia y rentabilidad. Respecto a épocas pasadas, en fin, ahora es muy superior entre nosotros tanto la disposición a emprender como el grado de cualificación de directivos y empresarios. Todo un conjunto de razones para granjear una alta estima internacional que, sin embargo, no se nos acaba de conceder. ¿Por qué?

Dejaré abierto el interrogante, subrayando, eso sí, la menguada imagen de marca con que España se adentra en un tiempo difícil como pocos en muchos años; un mermado valor de marca al que, debe añadirse, poco aporta la resistencia de algunas comunidades autónomas a promocionar el nombre de España en foros y mercados por el ancho mundo.

UNA DOBLE AUSENCIA

A la altura de la primavera, los indicadores de coyuntura dibujan una crisis severa: el paro registrado anota con el mayor aumento desde que se iniciara ese recuento en 1978; la caída de la venta de viviendas y de automóviles describe un verdadero desplome; se reduce de prisa el superávit del Estado; el déficit por cuenta corriente eleva aún más el listón hasta sobrepasar 11% del PIB; el indicador de confianza de los consumidores que publica el ICO, cede 37 puntos en su referencia interanual; en fin, el crecimiento de la economía se aproxima velozmente a cero en el cómputo trimestral, para quedarse ya con seguridad en términos anuales por debajo del promedio que consiga la zona euro, la primera vez que ello ocurrirá desde la creación de la moneda única. Un verdadero repertorio de máximos y mínimos.

Pero sí malo es lo que dibuja todo ello, lo peor cuando 2008 inicia su segundo tercio, es una doble ausencia: la del gobierno y la de la oposición. Ésta, ensimismada, a vueltas con problemas de liderazgo y de identidad merecedores, cuando menos, de ocasión más propicia. Aquél, como encogido, enredado en su propio juego semántico para no pronunciar el nombre con que todos denominamos lo que pasa, y con un primer tardío Plan de Estímulo Económico que, con seguridad, no pasará a la historia de la política económica española ni por su diseño, ni por su ambición, ni por sus efectos.

VERANO A DESTIEMPO

Si el verano es tiempo que invita a la distensión, entonces el de 2008 no llega en buen momento para la economía española. Con una coyuntura en la que se suceden sin tregua registros negativos y con expectativas cada vez más adversas, el verano llega a contrapié. Un año después del inicio de la fase aguda de la crisis de las hipotecas de alto riesgo en Estados Unidos, aquella convulsión crediticia ha devenido en una honda crisis de alcance global, con varios frentes activos que agrandan la incertidumbre sobre el futuro próximo. En la economía española, a su vez, el panorama tiende con rapidez a ensombrecerse. Para ella, además, el calendario —con el relajo estival en puertas— vuelve a ser inoportuno.

Particularmente, el calendario político está siendo muy desfavorable. Desde el otoño de 2007 la coyuntura ofrecía indicios suficientes para aconsejar la adopción de medidas de política económica que contrarrestaran el impacto de la crisis internacional y el pinchazo del *boom* inmobiliario, pero en aquellos momentos la cita electoral desaconsejó cualquier movimiento en esa dirección, con objeto de evitar coste en las urnas, impulsando, por el contrario, medidas con efectos contraproducentes. Luego, la pausa impuesta por la formación del nuevo Gobier-

no y la celebración de los congresos de los grandes partidos, donde todo alcanza mayor relieve que la crisis económica. Más tarde, el tiempo consumido en la reasignación de funciones y competencias ministeriales, con pulsos entre departamentos dignos de mejor causa (¡dos ministerios pujan por gestionar la innovación en un país cuyo problema es hacerla!). Y, ante la pausa estival, el aplazamiento casi generalizado de iniciativas, comprometiendo si acaso —como en lo concerniente al diálogo social— la agenda otoñal, cuando de nuevo importantes citas electorales autonómicas (en Galicia y País Vasco) se sentirán cercanas.

Como quiera que sea, al iniciarse el verano de 2008 —repetámoslo— parecería que nada apremia o que nos resignáramos a contemplar la inevitable caída. Verano a destiempo, pues, aunque no siempre el estío haya sido un tiempo muerto para gobernar con buen pulso y hacer los deberes. Antecedentes positivos se pueden recordar, aunque resulten ya lejanos: el verano de 1959 fue decisivo para abandonar definitivamente la política económica autárquica y facilitar el desarrollo de los años sesenta; el de 1977, trascendental para frenar la espiral inflacionista que amenazaba la suerte misma del cambio político y para iniciar una línea de reformas estructurales de gran calado; el de 1996, determinante para apostar por el cumplimiento de las condiciones que exigía la integración en la unión monetaria europea.

DAÑOS COLATERALES

Al llegar el otoño, cada semana compite con la que le precede en las novedades que ofrece el curso de la crisis financiera, que ya ha cruzado el Atlántico con grueso tonelaje —también la del 29, por cierto, tardó un año en llegar a las costas europeas—, mientras se asume por casi todos que la recesión va a tener alargadas ramificaciones, con fuerte repercusión sobre la economía real. La intensidad y la extensión de la crisis, en suma, alimentan a diario lo más noticioso, desplazando otros temas relevantes a lugares secundarios en todo el proceso de creación de opinión. De modo que la relativa marginación de éstos constituye una suerte de “daño colateral” de la crisis, ávida de protagonismo. Dos ejemplos son muy ilustrativos: los problemas medio ambientales, por un lado, y el combate de la pobreza, por otro. La “dictadura del instante” —por decirlo con una expresión de Malinvaud— es implacable: parece que fue hace más de una década cuando Al Gore recorría el mundo con su campaña sobre las consecuencias del cambio climático, y no menos tiempo de ese otro redoble de conciencia que fue, hace tan sólo unos meses, la publicación del libro de Paul Collier sobre “el club de la miseria”. Ambos temas cruciales han perdido súbitamente realce informativo.

La educación puede ser también otra de las víctimas casuales o circunstanciales de la gran conmoción financiera. A escala española, sería muy desafortu-

nado: España —nunca es ocioso señalarlo— tiene en este dominio un déficit notorio, y todo lo que reste prioridad a los esfuerzos por eliminarlo será dañino. Al abrirse el nuevo curso, los hechos, aunque desdibujados por lo que impone la actualidad, siguen siendo alarmantes, desde un extremo al otro del arco educativo: un nivel de “fracaso escolar” que no deja de crecer y que ya dobla el de la Unión Europea, lo que significa que uno de cada tres de los jóvenes entre 18 y 24 años no ha completado la educación superior obligatoria y no sigue ningún tipo de formación posterior; la endémica debilidad de la formación profesional; la acentuada compartimentación del mapa universitario, cercenando de facto las posibilidades de movilidad de estudiantes y profesores; el mantenido alejamiento entre universidades y empresas en lo que se refiere a la investigación; por no hablar del desajuste entre sistema educativo y sistema productivo, con sobrecualificación de un notable porcentaje de los titulados superiores empleados: nada menos que entre un 12 y un 15% de éstos tienen empleos que, según la Clasificación Nacional de Ocupaciones, son propios de “trabajadores no cualificados”.

Corolario: si convenimos en que nuestro principal problema es la competitividad, ningún empeño puede tener más importancia y requerir más tenacidad que el de la mejora del capital humano, base de los incrementos duraderos de la productividad. Dicho de otro modo: si además de manejar eslóganes, se quiere desplegar políticas que ayuden al cambio del modelo productivo, facilitando el tránsito “del ladrillo al chip”, la principal apuesta es la educación.

EL CRUDO INVIERNO

A la altura del mes de noviembre, los datos que se suceden rivalizan en expresividad: la primera caída del PIB y del número de ocupados en catorce años, el primer descenso del consumo en tres lustros, el primer desplome de la inversión en doce años... Por su orden, se están dando los pasos necesarios para adentrarse en la temida espiral descendente que caracteriza un período depresivo: contracción económica que incrementa el desempleo, lo cual conduce a un descenso acentuado del consumo, que, a su vez, provoca el detraimiento de la inversión y de los proyectos empresariales, debilitándose así todavía más la actividad productiva. “¡Si al menos supiéramos dónde está el suelo!”, es lo que exclama, mientras se precipita en el vacío, el borroso personaje de una viñeta ahora publicada, obra del mismo autor —EL ROTO— de aquella otra en la que uno de los dos hombres silueteados dice “se han encendido todas las alarmas”, para contestar el acompañante: “bien, eso es que todavía no nos han cortado la luz”.

La crisis económica, además, puede doblarse en crisis social. Las cifras de paro que comienzan a manejarse como probables son alarmantes: más de cuatro millones de desempleados, de los cuales cerca de un millón serán inmigrantes, con

escaso acceso a la red de protección social en bastantes casos y sin disponer tampoco de esa otra malla eficazmente protectora que constituye, en épocas de tribulación, la familia. A medida que la industria tome el relevo de la construcción y de ciertos servicios en la destrucción de puestos de trabajo, abriendo camino los expedientes de regulación de empleo, el ambiente empeorará. Y si las políticas sociales de las que el gobierno ha hecho bandera no pudieran desarrollarse al disminuir los recursos disponibles, la frustración consiguiente de las expectativas suscitadas en unos u otros colectivos añadirá elementos de tensión.

Estamos ante una crisis de gran complejidad y para la que los “protocolos” convencionales no sirven. La ausencia, no ya de anticipación —que en política es virtud tan exigible como legitimadora— sino de realismo (los Presupuestos del Estado prevén para 2009 un crecimiento del PIB del 1% y un déficit público del -1,9%, cuando el retroceso de aquél puede alcanzar el -4%, al tiempo que el déficit de las cuentas públicas es muy posible que supere el 9%), ha hecho perder un tiempo precioso. Deseable será, por eso, que los dos más valiosos factores que han madurado en el curso del último ciclo expansivo de la economía española, una vigorosa cultura de empresa y la tenaz búsqueda de acuerdos entre los representantes de los agentes sociales, demuestren su potencialidad en un entorno muy diferente.

EN EL ESCENARIO DEL 2009

Si durante 2008 todavía alguno podía pensar que alguna retícula de la economía mundial se sustraería al embate de la crisis, desde el inicio de 2009 se impone la evidencia de que las turbulencias no respetan unas u otras lindes. Como si se hubiera vertido un chorro de aceite sobre el mapa esférico del planeta, la mancha de la recesión atraviesa océanos y salta barreras continentales, alcanzando a ricos y pobres, abandonada ya la esperanza de que las economías emergentes queden inmunes. Si faltaba alguna prueba de la efectiva globalización alcanzada en nuestro tiempo, he aquí una incontestable: la crisis se extiende por todas las direcciones.

Europa, tan repleta de fronteras nacionales, lo demuestra a su vez, y fehacientemente. Los indicadores negativos se multiplican y repiten, ajenos a las demarcaciones de las distintas monedas e indiferentes al tamaño de los países. Con todo, lo más relevante —y lo peor— en el caso europeo es, durante los primeros compases de 2009, la conflictividad social que está acompañando al deterioro económico: huelga general en Francia, oleada de huelgas locales “salvajes” en Reino Unido y manifestaciones violentas en Grecia, Bulgaria, Letonia, Lituania... y también en Rusia y en otros países de la Europa del Este. Es verdad que las movilizaciones ciudadanas responden a motivaciones matizadamente diferentes en cada

ocasión, desde la protesta contra la gestión gubernamental de la crisis o el clamor contra la corrupción, hasta la agresiva defensa de “empleos británicos para trabajadores británicos”, esa versión del proteccionismo más primario que ha provocado abiertas expresiones de xenofobia contra unos pocos centenares de trabajadores italianos, portugueses y españoles! (estos últimos empleados de la empresa de ingeniería asturiana Duro Felguera en Nottinghamshire). La proliferación de un agrio conflicto social añade así una grave nota amenazante al desplome económico europeo.

En España, desde luego, sobran motivos para la preocupación. La velocidad de la caída del PIB es aquí mayor, adquiriendo el impacto sobre el mercado de trabajo tintes mucho más dramáticos. No es exagerado emplear estos términos: la tasa de paro en España más que duplica la del promedio de Alemania, Reino Unido y Francia, uno de cada tres activos menores de 25 años está desocupado y el número de desempleados no va a dejar de aumentar en los próximos meses, pues a la eliminación de puestos de trabajo se suma el todavía fuerte aumento de la población activa, habiéndose mantenido hasta el final de 2008 un caudaloso flujo de entradas de inmigrantes (las primeras estimaciones hablan de 600.000 personas a lo largo de ese año). Un cuadro que produce fundado desasosiego.

CUESTIÓN DE CONFIANZA

Dejo para el final del recorrido, cuando se produce el cambio gubernamental de abril de 2009, una reflexión que en parte es epílogo y en parte recapitulación de lo hasta aquí expuesto.

Como en tantos órdenes de la vida personal y de la sociedad, en economía, en la economía de un país libre, se entiende, no hay término ni concepto más importante. La confianza está en la base de los comportamientos de los mercados; la confianza es el antídoto de la incertidumbre y el lubricante del emprendimiento; la confianza tiende puentes e invita a la negociación y al acuerdo, segregando esa sustancia exclusiva de las democracias que convierte al votante en partícipe y al contribuyente en actor solidario. En la política económica, suscitar confianza es, desde luego, determinante, y si deseable en la bonanza, aún lo es más en la adversidad, en tanto que “esperanza firme que se tiene de alguien o de algo”, según la primera acepción del *Diccionario* de la RAE. Por eso, el déficit de confianza con que ha comparecido ante la opinión pública el nuevo Gobierno formado por el presidente Rodríguez Zapatero es cuestión cardinal.

No se trata de algo sobrevenido repentina o casualmente; al contrario, es resultado de sucesivas actuaciones y actitudes. El período aludido aquí ha sido en este sentido decisivo, un largo año en el que han dominado los mensajes equivo-

cados: primero, negando la posibilidad misma de que la crisis financiera internacional recalara en nuestros puertos; después, augurando una rápida recuperación; y siempre, hasta hoy mismo, deslegitimando a quienes, sobre “análisis muy superficiales” (por ejemplo, los que sustentan las declaraciones del gobernador del Banco de España), optan por un discurso menos voluntarista. Como los hechos, en todo caso, se han revelado tozudos, la merma de confianza ha sido inevitable, un capital muy costoso de reponer.

Durante los doce primeros meses de la actual legislatura —digámoslo de otro modo— no sólo se ha reducido el margen de maniobra de los recursos públicos para reimpulsar la actividad productiva; también se ha recortado una enorme porción de la confianza que los gobernantes necesitan para recabar apoyos y aglutinar voluntades en unos u otros sectores sociales. Cualquier salida será ahora mucho más difícil. El más reciente informe del FMI no es ambiguo a este respecto: hasta 2011 no abandonará la economía española registros negativos en la variación anual del PIB, y éste no crecerá por encima del 2% al menos hasta 2015, lo que supone situarnos por debajo de la media de la eurozona y decir adiós al gradual acercamiento a la renta por habitante de las economías más avanzadas del continente. Sólo para Italia y Portugal se presenta un panorama tan sombrío, aunque el nuestro sea mucho más desolador en lo que respecta al desempleo.

Urge combatir con más resolución y eficacia la fortísima recesión en que nos hemos adentrado. Desde mediados de 2004, el gobierno se ha mostrado solvente en el reconocimiento de derechos individuales y en el diseño de políticas sociales; ahora es imperioso que demuestre capacidad para gestionar la crisis. Hay un tiempo para cada cosa, como nos advierte la vieja sabiduría, y no es la hora de exhibiciones programáticas, con una u otra rentabilidad política. Que la iniciativa gubernamental más llamativa después de haberse hecho públicos los resultados de la encuesta de población activa (EPA) del primer trimestre de 2009, confirmando que se ha rebasado el listón de los cuatro millones de parados, sea la de crear una titulación académica para las amas de casa que puedan acreditar experiencia familiar en la atención a menores o familiares dependientes, no es, ciertamente, una señal tranquilizadora.

Como tampoco lo son las multiplicadas declaraciones de buenos propósitos por parte de quienes tienen, ante todo, la responsabilidad de dirigir y ejecutar. No es momento para el gobierno de hacer acopio de buenas intenciones, sino de autoridad y determinación. Y más cuando el “bilateralismo a 17” en que se quiere convertir al Estado autonómico, como ilustran los primeros pasos del vicepresidente tercero, dificulta objetivamente cualquier acción eficazmente coordinada a escala nacional, bien sea la liberalización del establecimiento de negocios para adaptar la Directiva de Servicios Europea, bien la atención a los parados que agoten la prestación.

Termino ya. El crucial largo año que arranca con 2008 y llega hasta el inicio de la primavera de 2009 no ha sido un año bien aprovechado para afrontar los problemas que tenemos. Así lo ha venido a reconocer, en cierto sentido, la autoinculpatoria reubicación de competencias —función pública, políticas sociales o universidades, “como si la Administración del Estado fuera un juguete de quita y pon”, ha escrito alguien con acierto— a que se ha procedido aprovechando la nueva combinación ministerial.

Deseémosle suerte a ésta, en todo caso, para que recupere la confianza perdida, ese don que es “ánimo, aliento y vigor para obrar”, según la cuarta acepción del *Diccionario*. A todos nos va mucho en ello. Ojalá en mi próxima intervención en esta Academia pueda decir que, al menos, estamos ante el principio del final y no al final del principio, como hoy.